

Huracán

ANALISSE VALERA ÁLVAREZ

Norman Jewison, 1999

En la historia de *Huracán* dirigida por Norman Jewison, así como en la del boxeador Rubin «Huracán» Carter que esta película recrea, habría que soslayar los aspectos circunstanciales, contando entre ellos, incluso, el reparto de inocencias y culpabilidades que la cinta se empeña en dejar fuera de toda duda.

La controversia que acompañó el caso real con notoria intervención de los comunicadores de masas e inquietud de la opinión pública, se reavivó tras el estreno de la película, llamando la atención sobre los argumentos en contra de Rubin Carter desestimados por la Corte Suprema que finalmente sentenció su libertad en 1986.

Así pues, los detalles en detrimento del boxeador negro acusado del asesinato de tres personas se exhiben tan minuciosos, y acaso tan convincentes, como los que, en la otra esquina, acumularon él mismo y los defensores de su causa. Ambas posiciones constituyen tramas enredadas que dejan en evidencia que los hechos de esta historia son aprehensibles sólo por intermedio de los discursos que sobre ellos se elaboran. Discursos -inevitablemente tendenciosos- que construyeron la inocencia de Rubin Carter como antes habían construido su culpabilidad. Que Rubin Carter sea un criminal o que por el contrario cumpliera treinta años de injusta condena a prisión, no puede ya determinarse. Más aún (y no obstante lo doloroso que esto sea para los familiares de las víctimas), su trascendencia no es mayor que la que tienen los complejos antagonismos raciales que atraviesa la sociedad estadounidense, y que, en última

instancia, han sido los auténticos desencadenantes de éste y otros enfrentamientos de similar espíritu.

Pero antes que hacia la permanencia de esos conflictos en norteamérica, la película de Norman Jewison apunta hacia los acontecimientos que resultan en descargo de Rubin Carter, subrayando la investigación emprendida por una suerte de justicieros que, documentos y entrevistas mediante, revisan la versión oficial de los hechos y recomponen la historia en favor de quien, se cree, ha sido también una víctima.

Entre la reconstrucción de historias que desarrolla el filme y sus referentes históricos reales, se tensa la dependencia que condiciona lo verosímil a lo real. Al parecer, se espera que la cualidad de «basada en hechos reales» conceda solidez a una narración por demás inverosímil; donde personajes increíbles -por su generosidad o su vileza- se justifiquen por la presunta existencia de sus equivalentes de carne y hueso. Se espera, asimismo, que el auxilio de un par de insertos documentales transmita que las tres décadas de presidio resistidas por Rubin Carter son apenas un fragmento de la historia de dominación instituida que, vale decir, se resuelve aquí en buena ley con la colaboración de los mismos poderes que la han agenciado. El efecto político de *Huracán* se ve entonces disminuido por su desinterés en activar un mayor número de articulaciones entre un estado de cosas de incontestable vigencia y la anécdota que en este caso le da cuerpo. Y es así que se ha reducido a las protestas de quienes todavía acusan al boxeador del triple asesinato ocurrido en junio de 1966.

Con todo, esta película contrasta con el multiculturalismo dominante en la actualidad socio-política de

ese país. En particular, contrasta con los principios del multiculturalismo que enfatizan la supuesta y discutible diversidad racial, y derivan en el establecimiento de escenarios aislados e inconciliables para cada uno de los grupos que resultan de esa distinción. *Huracán*, por su parte, desobedece tales límites, y muestra las relaciones interraciales como salida para algunas de las injusticias que sobreviven en el fondo de los manuales de tolerancia en uso.

Vemos así la «división» sufrida por el personaje de Rubin en la celda de castigo señalando tres caras conocidas del racismo: el odio, el miedo y la confusión; ruptura que se solventa, ni más ni menos, que por la acción del amor interracial. El odio como producto (natural) de la sujeción se remedia cuando se acepta el amor del otro como alternativa posible. La idea misma del otro se replantea desdibujando las diferencias que establecen oposiciones, y asumiendo a la condición humana (y no a la distinción de razas) como principio. En *Huracán* estas ideas, no tan inocentes y simples, se presentan en vanas formas. El altruismo de los blancos que adoptan al joven negro Lezra y cambian por entero el rumbo de sus vidas para liberar a Rubin, el compañero de celda que advierte «no todos los blancos son malos», la valentía de Rubin al aceptar el afecto del mundo exterior que incluye a los blancos; son soluciones al enfrentamiento interracial desentendidas de aquellas que, en cambio, promueven una sociedad de múltiples razas y culturas separadas en atención a sus diferencias, y encubren el persistente racismo con la llamada «celebración de la diversidad» y las reglas de lo «políticamente correcto».

ANALISSE VALERA ÁLVAREZ
Licenciada en Arte. UCV

Cine